

Una nueva edición de CRÍTICA y el Mariscal

Xavier Gil i Roman

Institut d'Estudis Iberoamericans

Universitat Autònoma de Barcelona

E-mail: xeromegil@ub.edu; xgil@ub.edu

Resumen. Se presentan las principales novedades de la edición crítica de Georges Duby, *Crítica y el Mariscal*.

Palabras clave: amistad, amor, Alianza, libro, libro medieval, cultura, crónicas, cultura, cultura medieval.

Resumen

Presentamos las principales novedades de la edición crítica de Georges Duby, *Crítica y el Mariscal*.

Comenzamos recordando brevemente la obra del historiador Georges Duby, *Crítica y el Mariscal*, y el mayor interés que ha suscitado, en el 50º aniversario de su muerte. La misma está disponible en una edición crítica realizada por el profesor y catedrático de Historia Medieval en la Universidad Autónoma de Barcelona, José Llorente Ruiz-Domínguez. Pasadas estas anotaciones, analizaremos las principales novedades, errores, malentendidos, etc.

Abstract

What makes of Aliance? A new edition of the book edited by Duby, written in 1939, within the Biblioteca Común de la Escuela Superior de Ciencias Sociales del Instituto Georges Duby coincides with the 50th anniversary of his death. This work is complemented with a scholar study realized by the professor and catedratic of Medieval History at the University Autónoma of Barcelona, José Llorente Ruiz-Domínguez.

Key-words: friendship, love, Alianza, book, medieval book, history, culture, chronicles, culture, medieval culture.

Se ha celebrado el pasado mes de octubre el centenario del nacimiento del historiador francés, y sin lugar a dudas, uno de los historiadores medievales que ha dado el siglo XX. Georges Duby (1897-1986) nació en 1900, y con motivo del 50º aniversario de Alianza Editorial, se ha publicado con el nombre de su biblioteca Comemorativa la obra *Crítica y el Mariscal*, y el mayor tratado del mundo, del profesor Duby, que habla sobre la época que es 1939, cuando la editorial francesa decidió incluirlo en su colección sobre monografías de la Edad Media. En nuestro país, Alianza lo editó como libro de bolillo en 1987¹ tras ser traducida por Carmen López Alonso.

1. Duby, Georges, *Crítica y el Mariscal* (Collected in the Biblioteca Común). Series Histórica n. 1259. Alianza editorial. Madrid. 1987. Preciosa traducción. Madrid, 1988. 170 pp.

Una nueva edición de *Guillermo el Mariscal*

Xavier Gil i Roman

Institut d'Estudis Medievals

Universitat Autònoma de Barcelona

E-mail: teresaalbert@mx3.redestb.es

Resumen

Con motivo del treinta aniversario de Alianza Editorial, ésta decidió reeditar, en el seno de su Biblioteca Conmemorativa, la obra del desaparecido Georges Duby: *Guillermo el Mariscal o el mejor caballero del mundo*, coincidiendo con el primer aniversario de su muerte. La misma está complementada con un eruditó estudio realizado por el profesor y catedrático de Historia Medieval en la Universitat Autònoma de Barcelona, José Enrique Ruiz Doménech.

Paraules clau: amistad, amor, fidelidad, lealtad, liberalidad, matrimonio, mujer, nobleza, parentesco, proeza.

Abstract

Whit motive of Alianza Editorial's thirtieth anniversary, it was decided to reissue, wthin its Biblioteca Conmemorativa: *Guillermo el Mariscal o el mejor caballero del mundo* by Georges Duby coinciding with the firts anniversary of his death. That work is complemented with a scholar study realized by José Enrique Ruiz Doménech, Professor of Medieval History of the Universitat Autònoma de Barcelona.

Key words: friendship, love, fidelity, generosity, marriage, woman, nobility, kinship, exploit.

Se ha celebrado el primer aniversario de la muerte del célebre historiador francés, y sin lugar a dudas, uno de los más prestigiosos medievalistas que ha dado el siglo XX, Georges Duby. A finales del año 1997, y con motivo del 30 aniversario de Alianza Editorial, se decidió reeditar en el seno de su «Biblioteca Conmemorativa» la obra: *Guillermo el Mariscal o el mejor caballero del mundo*, del profesor Duby, que había visto la luz allá por 1984, cuando la editorial Fayard decidió incluirla en su colección «Los desconocidos de la Historia». En nuestro país, Alianza la editó como libro de bolsillo en 1987¹ tras ser traducida por Carmen López Alonso.

1. DUBY, Georges, *Guillermo el Mariscal*. Colección «El libro de bolsillo». Sección Humanidades, n. 1259. Alianza editorial. Madrid, 1987. Primera reedición, Madrid, 1988.

La nueva edición viene acompañada de un álbum elaborado por una persona que, no tan sólo conoció personalmente al desaparecido catedrático del Collège de France sino que, a lo largo de su ya dilatada carrera profesional, como investigador del medievo y docente universitario, ha resultado ser uno de los seguidores más importantes de la línea marcada en su día por Duby. El profesor José Enrique Ruiz Doménech, catedrático de Historia Medieval en la Universidad Autónoma de Barcelona y académico de la Real Academia de las Buenas Letras de Barcelona, es autor de este detallado estudio sobre una de las obras que en su momento despertó, no tan sólo admiración, también bajas pasiones, en el mundo académico.

Las reseñas sobre *Guillermo el Mariscal* se hicieron esperar; John W. Baldwin en la revista *Speculum: a Journal of Medieval Studies* en 1986. Christiane De Craecker-Dussart en 1987 en la revista *Moyen Âge* y en el mismo año Jean Flori en *Cahiers de Civilisation Médiévale*².

La principal labor de un historiador/a ha de ser la de poder hacer comprender el presente en el que vivimos. Aproximar al conjunto de la sociedad eso que denominamos *pasado*, que no es patrimonio de unos pocos, sino de todos.

Una cosa es «hacer historia» y otra muy distinta, «inventársela». Ésa es la razón principal por la que el profesor Ruiz Doménech sostiene, nada más comenzar su interpretación del *Mariscal* de Duby como «un elegante desafío al positivismo»³. Esa doctrina nacida en los años treinta del siglo XIX de la mano de A. Comte y que comprendía no sólo una teoría de la ciencia, sino también y muy especialmente una reforma de la sociedad y una religión. Una teoría del saber que negaba la admisión de toda realidad que no se basara en los hechos. A no investigar otra cosa que no fuera las relaciones entre esos mismos hechos, lo que derivó en dar una gran importancia al *cómo* pero que a su vez olvidó el *qué*, el *por qué* y el *para qué*⁴.

Frente a lo que muchos críticos de Duby sostuvieron de forma errónea al leer el *Mariscal*, el genio francés no se apartó ni un ápice de la corriente de los *Annales*. Quienes llegaron a esa conclusión demostraron no entender dicho texto pues «Guillermo el Mariscal ha confundido a más de uno»⁵. Todo lo contrario, Duby, a través de estas páginas, demostró ser fiel a los principios de Lucien Febvre, que sostenía que no hay un «hecho» como átomo de la histo-

2. BALDWIN, John W., en revista *Speculum (a journal of Medieval Studies)*. Julio 1986, páginas 640, 641 y 642.
- DE CRAECKER-DUSSART, Christiane, en revista *Le Moyen Âge*. N° 3-4. 1987. Tomo XCII (5 serie tomo I). páginas 443, 444, 445, 446, 447 y 448.
- FLORI, Jean., en revista *Cahiers de Civilisation Médiévale: X-XII siècles*. N° 4 octubre-diciembre de 1987., páginas 371, 372 y 373.
3. RUIZ DOMÉNEC, José Enrique, *Álbum: Guillermo el Mariscal o el Mejor Caballero del Mundo*. Biblioteca Conmemorativa 30 aniversario. Alianza Editorial. Madrid, 1996-1997, página 3.
4. FERRETER MORA, José, *Diccionario de Filosofía abreviado*. Ed. Edhsa. Decimoquinta reimprección: noviembre de 1990..Barcelona, 1990, páginas 289 y 290.
5. RUIZ DOMÉNEC, José Enrique, *Álbum: Guillermo el Mariscal...* página 7.

ria. El historiador no encuentra «hechos», como no los encuentra ningún científico, sino que tiene que analizar la realidad apoyado en su propio raciocinio, porque «no hay realidad histórica ya hecha que se entregue espontáneamente al historiador». El mismo J. Le Goff subrayó que esa «nueva historia» se afirmaba como historia global, total, reivindicando la renovación de todo el campo de la historia. Sus precedentes fueron nada más y nada menos que Voltaire, Chateaubriand, Guizot, Michelet y Simiand. Esta «nueva historia» nació como una auténtica «rebelión» contra la historia positivista del siglo XIX⁶.

Duby no se alejó nunca de ese camino, pero sí buscó, y encontró, nuevas vías para alcanzar esa meta tan deseada.

La obra: Guillermo el Mariscal o el mejor caballero del mundo

Dividida en cinco grandes capítulos, Duby decidió iniciar su «narración» por la última fase de toda vida humana: la de la muerte del Mariscal. Su detallada explicación nos «inicia» en el papel que la muerte representaba en las vidas de esta sociedad aristocrática europea occidental de principios del siglo XIII.

Su discurso afirma no saber cuándo nació con exactitud el Mariscal, que pudo ser hacia 1145, por lo que habría fallecido a la edad de 72 años, más o menos. El «exitus» de Guillermo el Mariscal responde claramente a la puesta en escena, alrededor de su lecho, del orden que su mundo requería y en el que cada uno permanecía encerrado en un tejido de solidaridades, de amistades. En un cuerpo. Guillermo convocó a aquellos que constituyeron el suyo y del que él fue la cabeza. Un grupo de hombres. Sus hombres: los caballeros de su casa; y después, al mayor de sus hijos. A partir de ese momento se sucedieron los actos de tan compleja obra.

El primero es el de la ceremonia de renuncia donde poco a poco, él, se fue deshaciendo de los llamados «honores del siglo». Un ritual de muerte a la antigua donde la misma no era vista como una escapada, sino como una lenta aproximación solemne de un estado a otro estado superior. Una auténtica transición pública. Esa muerte que de manera tan hermosa Duby dice que hemos perdido y que, posiblemente, nos falte. Todos los que cuentan en el Estado debían estar presentes en la hora de la muerte de quien fue regente de la corona de Inglaterra: el legado del papa, el gran justicia de Inglaterra, la alta baronía, Enrique III, el rey niño, a quien impartió su último discurso moral, obligándolo a comprometerse a ser un buen rey y no un traidor a la causa.

Tras una larga deliberación, Guillermo decidió dejar la custodia y formación del joven rey a Dios. Al papa.

El segundo acto fue otro despojo: el de sus bienes privados, el de sus tierras. El reparto de la herencia. No hubo ningún gesto. Los que asistieron a dicho proceso sólo escucharon y guardaron las palabras del Mariscal en sus

6. AROSTEGUI, Julio, *La investigación histórica: teoría y método*. Ed. Crítica. Madrid, 1995, páginas 101 a 108.

memorias para repetirlas más tarde, pues la ley que imperaba en estas ocasiones no era ley escrita y sí la costumbre. Sólo había un heredero, su hijo primogénito, Guillermo el Mariscal, *junior*, que tendría derecho a todo.

A su esposa no le dejó nada, porque todo lo que Guillermo poseyó era de ella y él no tuvo siempre en su nombre. De su «autoridad».

A continuación viene el resto de su descendencia, sus cuatro hijos varones y sus cinco hembras. La narración es detallada. De la misma sobresalen sin embargo dos importantes detalles que tienen como protagonistas al benjamín de su prole y a la menor de sus hijas. La situación de Anseau, el último de los muchachos, fue delicada, pues para él ya no quedaban tierras. Pero Anseau apareció a los ojos del moribundo como el vivo retrato de los inicios del Mariscal. En él, su padre volcó su deseo de que en un futuro no lejano se volviera a dar ese ascenso prodigioso, el mismo que llevó a Guillermo, contando únicamente con sus fuerzas, a la gloria. Compadeciéndose de las palabras de su amigo Juan de Early, decidió dejarle una pensión anual de ciento cuarenta libras.

De las cinco hijas, cuatro estaban casadas con lo mejor de la baronía inglesa. Pero la última, Juana, todavía permanecía doncella. Esto preocupaba al Mariscal. Lo asumió en una inquietud justificada, dado que todo padre debía evitar morir con hijas no casadas. «Desoladas». Como él no podría cumplir con ese deseo, sería su hijo mayor, el heredero, quien debería hacer todo lo posible por desposar a su hermana. Todo lo que necesitaba era una buena renta, y Guillermo padre así lo dispuso; treinta libras más doscientos marcos para el ajuar.

¿Por qué esa obsesión por parte de estos hombres en casar bien a sus hijas? Era la costumbre. Por medio de la misma se aseguraban la estabilidad de los patrimonios. Los pilares sobre los que se asentaba la solidez de la superioridad de la clase dominante.

Guillermo el Mariscal se sintió más ligero. Se había deshecho del lastre más pesado. Llegaba la hora del tercer gran acto. Lo que ahora le preocupaba era su propio cuerpo. Dónde sería enterrado. La misión de hacer cumplir dicha voluntad del padre le correspondió, una vez más, al hijo mayor, Guillermo Mariscal, *junior*. Reunió a la caballería. Debían organizarse las vísperas. El moribundo ya había elegido el lugar donde reposaría hasta el día del juicio final, cuando resucitaran los muertos. Ese cuerpo corrupto ya no le pertenecía. Otro miedo le asaltaba, que lo dejaran sin vigilancia. Dicha inquietud venía a justificar algo que resultaba ser, en palabras de Duby, afrontado de manera cruda: que los hombres de este tiempo vivían y morían atenazados por el cristianismo. Dicha aseveración viene a desmentir dos testimonios que para el profesor francés son simplemente falaces: el de la literatura hagiográfica, que impregnaba a todos los caballeros de devociones dóciles, y el de la literatura de ficción novelesca, que, en su lucha contra el clero, se apoyaba demasiado en lo profano.

Guillermo el Mariscal «se dio» a la orden de los templarios en 1185, a lo largo de su peregrinación a Tierra Santa, donde quedó fascinado por esos monjes guerreros. En éstos él vio hacerse realidad los méritos de las dos categorías

dominantes de su sociedad: el orden de los religiosos y el de los caballeros. Estamos, utilizando terminología antropológica, ante un «rito de paso»: el que conduce de la caballería, sin más, a la nueva caballería. Algo que ya a principios del siglo XIII podía parecer anticuado, pero el Mariscal era un superviviente del pasado.

A continuación describió, con toda clase de detalles, a su primogénito la disposición que deseaba para sus funerales. Que se alimentara por lo menos a cien pobres. Había llegado también el momento de distribuir sus riquezas entre las gentes de Iglesia. A cambio, estos hombres santos cumplirían con la misión de salvar su alma. En este largo proceso, en el que todo el mundo esperaba de él unas últimas palabras, su última lección siguió respondiendo a una moral que no era la de los sacerdotes y sí la de la caballería.

Por otro lado, el Mariscal era un buen señor. Bajo este aspecto quería permanecer en el recuerdo de los suyos, en la plenitud de las virtudes que convenían a su estado. Cuidó de no transgredir los preceptos de la moral doméstica tratando lo mejor posible a sus familiares. Ni los de la moral social que prescribía a los caballeros situados en la cima de la jerarquía. Es por lo que él pensó en primer lugar en los suyos, aquéllos que retenía en su mansión y que debían todo lo que tenían a su generosidad.

Ya podía morir en paz. Su alma partiría pero su cuerpo seguiría aquí. Se le entierra. Ya no se le vería más. Guillermo el Mariscal había podido *morir bien*.

En el segundo gran capítulo, Georges Duby nos describe las razones de un gran deber: el de arraigar la imagen de Guillermo el Mariscal en el recuerdo, de la manera más profunda posible, aquella que permitiese resistir la usura del tiempo.

El primer paso ya había sido dado. La memoria del protagonista había sido depositada en numerosas comunidades de sacerdotes y monjes una de cuyas funciones era la de rezar por los muertos hasta el final de los tiempos. El segundo elemento, en dicha lucha contra el olvido, fue cubierto por la escultura funeraria de su tumba.

El tercer modo debía escapar del área de las devociones. Entraba en el círculo de lo profano irradiando por sí mismo la fama del desaparecido en ese espacio social que lo había hecho ilustre.

La intención, como sostiene Duby, no era otra que la de mantener, mediante palabras, presente al difunto.

Guillermo el Mariscal, *junior*, su heredero, como en tantas otras cosas, encargó dicha obra; una auténtica canción de gesta. El primogénito, promotor, que no autor, de esos diecinueve mil novecientos catorce versos, desplegados a lo largo de ciento veintisiete hojas de pergamino, de los que no falta ni una, soportó todo el gasto. Para la elaboración de la misma contrató los servicios de un trovero, del cual sabemos sólo su nombre, Juan. Escritor soberbio, presentó su obra como una «estoria» y a la vez una «vida». Fue, como ya hemos dicho, trovero que no historiador, por lo que el cuidado que puso en la recolección de datos, que fue muy laboriosa, puesto que le llevó siete años cumplir el encargo, no se vio complementada con la consulta en libros de bibliotecas

cultas. A pesar de todo se entregó, en cuerpo y alma, a no decir nada que no fuese completamente seguro pues, «en historia, que es verdad, nadie debe mentir conscientemente». Indagó en otras fuentes que, sin su trabajo, habrían permanecido en la más absoluta oscuridad para todos nosotros, pues las mismas se situaban en la vertiente profana de la cultura del siglo XIII.

Parece ser que la fuente principal de la que bebió dicho Juan fue el amigo más íntimo y fiel del Mariscal, Juan de Early, que aparecía en la narración por primera vez en 1188 como escudero de nuestro protagonista. Convertido en caballero, se elevó poco a poco al lado de Guillermo. Juan de Early abandonó este mundo en 1231, casado y sin dejar descendencia.

Retengamos ahora un concepto vital para alcanzar a comprender el mundo de estos hombres: durante toda su vida Juan de Early estuvo ligado al Mariscal por amor. Sí, amor. Una amistad viril que alcanzó en el seno de la caballería su punto culminante.

Junto a la fuente oral, Juan el Trovero consultó los archivos de la casa del Mariscal para la elaboración de su *Historia*. Estos recuerdos, sin embargo, fueron asombrosamente fieles. Una memoria exacta, infalible, prodigiosamente rica, pues estos hombres no sabían ni escribir ni leer, por lo que todo lo dejaban en manos de sus portentosos cerebros.

Una de las manifestaciones que se levanta de manera prodigiosa, y que viene a demostrar que, efectivamente, muchos de los que criticaron esta obra de Duby se equivocaban simplemente porque no alcanzaron a comprender la misma, es la breve y a la vez determinante aclaración que el propio investigador francés lleva a cabo cuando presenta las fuentes que le han servido para reconstruir, de forma tan magistral, la vida de Guillermo el Mariscal. A la memoria, fiel, de Juan de Early se debían sumar los trabajos de Paul Meyer, autor de la gran edición de la *Historia*, cuyos tres volúmenes fueron publicados por la Sociedad de Historia de Francia, en 1891, 1894 y 1901, que, acompañada de un comentario copioso y precioso, permitió todo tipo de verificaciones.

En 1933 vio la luz otro gran estudio sobre lo que se había venido a definir como «cultura caballeresca», el *Willian Marshall, Knight-errant, Baron and Regent of England*, de Sydney Painter, publicado en Baltimore. Painter, al igual que Meyer, indagó en los archivos en busca de Guillermo el Mariscal de manera más meticulosa incluso que el propio Meyer, por lo que ambos investigadores merecieron, en su día, toda la confianza de Duby. Es más, Duby se muestra tajante cuando se reafirma en la idea de que ambos trabajos le persuadieron en el hecho de que nada de lo contado en el Mariscal se contradice con lo que se sostiene en la *Historia* de Juan el Trovero. Tan sólo debe ser tenido en cuenta, cosa que no hicieron los que criticaron el trabajo de Duby, dado que no entendieron lo que leían, que la *Historia* es un panegírico escrito como las *Vidas* para defenderse a sí misma. Esa es la razón por la que se exageran los méritos y se olvidan aquellos aspectos que podían perjudicar la imagen del héroe. En el Mariscal lo único que interesaba era la defensa de los intereses del linaje.

El otro punto débil de la *Historia* de Juan el Trovero, y que también es subrayado por Duby, es el desfallecimiento del recuerdo, lo que le obliga a admitir que efectivamente le preocupan menos los hechos que la forma como se les recordaba y se hablaba de ellos. Duby por lo tanto no escribió una historia de los acontecimientos. Su objetivo no fue otro que el de intentar ver el mundo tal y como lo vieron estos grandes hombres. Llegar a comprender la cultura de los caballeros. Un mundo masculino en el que sólo los varones contaban. Recordemos que las únicas mujeres que aparecen mencionadas en el poema son la madre, las hermanas, la esposa y las hijas. Estas familias eran restringidas. Un verdadero círculo en el que imperaba el tabú del incesto, pero no según las prescripciones de la Iglesia, sino según la moral que respetaban las gentes. Nada de lo que ellas hubieran podido decir fue considerado digno de ser relatado, pues todos los diálogos que aparecen en la vida del Mariscal, son masculinos.

Otra curiosidad más en torno a las mujeres; sólo tres que no pertenecen a la parentela del Mariscal son dignas de ser mencionadas: una dama que se apiadó de él cuando, siendo todavía muy joven, de edad se entiende, fue herido por los Aquitanos.

La segunda, una dama raptada por un monje, la hermana de Monseñor Raúl de Lens. En realidad, en esta ocasión, se trataba más de una huida que de un rapto, hecho que venía a demostrar que no todas las mujeres de esta época fueron dóciles por lo que llegaron a formarse parejas que no respondían a intereses familiares. Ante tal amenaza la caballería creía tener todo el derecho a reservar a sus mujeres, las de su propia sangre, por lo que quedaba prohibido que todo hombre que no fuera de su condición pudiese fijarse en ellas.

Pero la escena en la que hace su aparición esta mujer en compañía de su enamorado monje atrae la atención del historiador por algo más: Guillermo dejó marchar a la pareja no sin antes arrebatarle al religioso todo el dinero que poseía. ¿Por qué se comportó así el Mariscal? El dinero no fue bien visto por la cultura caballeresca. Se le relacionaba con un mundo que repugnaba a los caballeros: el de la burguesía. El inocente monje confesó al Mariscal que tenía una cantidad oculta y que cuando llegase a la ciudad ambos vivirían de rentas. El acto de Guillermo no puede entonces ser considerado como de mala conciencia. En absoluto.

La tercera mujer no es otra que Margarita, la esposa de Enrique el Jovén rey de Inglaterra, hija del rey de Francia Luis VII, hermana de Felipe Augusto. Los envidiosos que rodeaban al Mariscal, los «aduladores» en romance, no podían soportar el amor que el rey sentía hacia el mejor caballero del mundo. Se inventaron un supuesto adulterio entre ambos. El Mariscal no quería ser víctima de la vergüenza que hubiera supuesto tener que defenderse de la mentira, por lo que dejó que fuese el transcurrir del tiempo quien demostrase su inocencia. Abandonó la compañía de Enrique por voluntad propia, pues sabía que el rey lo solicitaría a su lado cuando tuviese necesidad de su ayuda.

A pesar de dedicar poco espacio a los «otros», a aquéllos que sustentaban con su trabajo al segmento privilegiado de esta sociedad, es decir, a los cam-

pesinos, el poema lo hace, aunque pueda llegar a sorprendernos. La razón está más que justificada, según Duby, pues esos innumerables que trabajaban la tierra sufrían con las guerras. Pero cuidado, no nos confundamos, el sufrimiento al que hace referencia Juan el Trovero no es en realidad el de los campesinos, todo lo contrario. El sufrimiento es el de los señores, que cuando estos pobres eran saqueados, devorados por los combatientes, padecían de manera inmediata las consecuencias. Los que se empobrecían eran ellos mismos.

Resumiendo, la *Historia* no es otra cosa que la exaltación de la fe segura que tenía de sí misma la caballería y el desprecio hacia todo lo que quedaba fuera de ésta.

En el tercer capítulo Duby habla de los orígenes del Mariscal, del ascendente de su linaje, que no se remonta más allá de su padre y de su tío materno. No es gracias a la *Historia* del Trovero que sabemos de su abuelo sino gracias a un diploma real en el que se confería a Guillermo el cargo de Mariscal. Gilberto fue su nombre, un posible normando que acompañó a Guillermo el Conquistador en su salto a Inglaterra. Murió hacia el año 1130. En él se encuentra el origen del apellido familiar de Mariscal, que no fue otra cosa que un cargo doméstico en el seno de la corte.

Su hijo, Juan, heredó el título y las prerrogativas que conllevaba. Alejado de la corte del rey desde 1139, Juan el Mariscal fue un hombre al que sonrió la suerte. Supo llevar a cabo la elección correcta en el momento oportuno: defendió con su vida la de la pretendiente al trono de Inglaterra, Matilde, enfrentada a su primo, Etienne de Blois, que había usurpado el mismo a la muerte de su tío Enrique I en 1135. La coronación en 1154 de Enrique II Plantagenêt, tras la muerte de Etienne, hizo que el nuevo rey no se olvidara del gesto de Juan hacia su madre, lo que le hizo ganarse el amor del monarca, quien le concedió, en matrimonio, a una doncella de un gran linaje, lo que supuso el gran salto que lo alzó de golpe mucho más alto en el seno de esa sociedad. De esta primera dama no sabemos absolutamente nada.

Si la primera esposa fue importante para el padre del Mariscal, la segunda resultó ser determinante. La misma sirvió como elemento de paz entre Juan el Mariscal y su gran enemigo Patricio, conde de Salisbury. Es decir, Juan se casó, después de repudiar a su primera esposa, con la hermana de un conde, la doncella Sybila. Y lo hizo por civismo, para complacer a su señor, el rey, que con este gesto ganaba dos fieles vasallos. Ella fue la madre de Guillermo el Mariscal.

La infancia del mejor caballero del mundo

Duby se inclina a pensar que los hijos de los caballeros, incluido el primogénito, no eran de gran interés para sus padres hasta que éstos no habían alcanzado la edad de combatir a su lado o en su contra. Ahora bien, existe un rasgo de esta etapa infantil que es seguro: estos niños abandonaban muy pronto la casa paterna y recibían su aprendizaje de la vida en otro lugar. Lo hacía el primogénito y el que no lo era, con una diferencia importante, el no primogénito, salvo

raras excepciones, lo hacía para siempre. Como se puede apreciar, nos econtramos ante una doble ruptura: con el mundo femenino que lo protegía y a la vez, con su casa natal. Entraban a formar parte de otro universo, el de las cuadras, el de los almacenes de armas, las cabalgadas, las caza, las emboscadas y el de los retos viriles. Pertenecían, a partir de ese momento, a la escuadra que mantenía en su casa el otro señor, aquél que se encargaría de educarlos, convirtiéndose así en su nuevo padre. La figura del verdadero padre, el «natural» sería borrada rápidamente de sus memorias, sobre todo si no esperaban heredar algún día de él, pues los únicos signos de vinculación que aparecían reflejados en esta sociedad son los que dependían directamente de la situación de unos y de otros en esa cadena sucesoria. Guillermo se olvidó muy rápidamente de su padre al no ser el primogénito, era el segundo hijo del segundo matrimonio de Juan el Mariscal. Su destino estaba bien claro. Dejó a su madre y a sus hermanas para trasladarse al otro lado del canal de la Mancha, a tierras de Normandía, donde el primo hermano de su padre, Guillermo de Tancarville, chanbelán del rey de Inglaterra, lo recibiría en su casa. Éste lo trataría como a su «sobrino». Como si de su propio nieto se tratara, según afirma Duby. Guillermo de Tancarville lo «educó» siendo consciente de que sustituía a su padre y que, gracias a esta acción, el muchacho le pertenecía para siempre al quedar aprisionado en la red de amistades diferentes.

En la primavera de 1167, ocho años más tarde de su llegada a la casa de Tancarville, Guillermo «entró» en la caballería. La canción de Juan el Trovero no nos da la fecha exacta. Ese día, en el que se pasaba de la infancia al mundo adulto, un hombre hecho, era considerado como vital, pues se entregaba a un verdadero sacramento: el rito de ser armado caballero que lo consagraba en la posesión de sí mismo. Este paso era análogo a esos otros dos que ponían principio y fin a toda vida: el nacimiento y la muerte. Duby sugiere que el convertirse en caballero suponía volver a nacer, ese nuevo «amanecer» era el que contaba, en verdad, para siempre. Ahora bien, desde ese momento, quien lo había acogido y educado en su casa, Guillermo de Tancarville, le anunciaba que ya no podría contar más que consigo mismo, que ya no lo alimentaría más. Guillermo el Mariscal alcanzó la libertad y tomando el camino del «vagabundeo», se entregó, a partir de entonces, al peligro. Recordemos que, al no ser primogénito, el Mariscal entró en esa nueva vida solo, sin nada por lo que se vio obligado a viajar o lo que es lo mismo, a «tornear».

He aquí, entonces, que Duby nos vuelve a sorprender con una nueva aportación, la cual debe ser bien entendida, leída entre líneas. Guillermo el Mariscal comenzó a ser conocido, a ganar fama en los torneos, que, dicho sea de paso, nada tienen que ver con esa imagen romántica del siglo XIX. Estos torneos del siglo XII no eran las justas del XIV y del XV que quedarían reflejadas en los manuscritos elaborados en esos siglos⁷. No, este deporte reproducía, en tiempos de paz, la verdadera guerra. En dichos enfrentamientos se entregaban al

7. Ruiz DOMÈNEC, José Enrique, *Álbum: Guillermo el Mariscal...*, página 15.

choque de sus armas, equipos contra equipos sujetos a rígidas reglas. La superficie donde se desarrollaban las batallas eran enormes y en ellas se hacían prisioneros que quedaban a merced de aquél que los había derrotado. Unos se empobrecían y otros, todo lo contrario. Aquí, el juego de lo que en antropología se conoce como «el don y el contra-don», resultó ser vital.

Pero volvamos atrás y subrayemos algo muy importante: se enfrentaban equipos de caballeros. Es decir, no caballero contra caballero. ¿Qué lejos queda entonces esa ficción creada por la novela! El vagabundeo en solitario no existía. Dice Duby que los guerreros temblaban ante la idea de estar solos, pues la soledad era igual a decir vergüenza. Otra clara ondanada a la línea de flotación del positivismo. El mejor caballero del mundo jamás conoció esa soledad. Cuando dejó de defender el escudo de armas del primo de su padre, Guillermo de Tancarville, rápidamente, pasó a formar parte de una familia más poderosa, la de Patricio de Salisbury, su tío materno, pues las relaciones de parentesco en la sociedad caballerescas daba a éste una serie de derechos y de deberes privilegiados: Patricio había cedido antaño a su hermana Sybila a Juan el Mariscal, perdiendo su poder sobre ella, pero conservándolo sobre los hijos que ésta pariera. Los hijos de su hermana, sus sobrinos, deberían amarlo más que a su propio padre, y a su vez él debía corresponderles con lo mismo.

Es entonces cuando sucede un hecho que, para Georges Duby, resultó ser vital en la vida del «joven» Mariscal. Su tío, el conde Patricio de Salisbury, a quien el rey Enrique II había encargado la protección de su esposa, la célebre Leonor de Aquitania, en su viaje hacia Poitou, es asesinado por un barón rebelde, el señor de Lusignan. Guillermo el Mariscal vengó la muerte de su tío. Pero no lo hizo porque buscara la gloria del botín del señor de Lusignan. En realidad cumplía con su deber. Y al afrontar dicha obligación, vengó al mismo rey, ya que limpiaba la sangre derramada de aquél a quien se encomendó la protección de la reina.

En los años 70 del siglo XIII, el estado monárquico se había desligado del embrollo feudal, estaba ya suficientemente maduro, por lo que conseguir la estima del rey poco después de ser armado caballero, decidió la carrera de Guillermo el Mariscal. Enrique el Joven había sido ungido y compartía el trono con su padre, Enrique II. Pero el joven Enrique sólo contaba quince años, era mayor de edad desde hacía un año pero todavía no había sido armado caballero. Guillermo fue elegido por Enrique II, gracias al amor demostrado tras vengar a su tío, para «guardar y para enseñar al joven rey de Inglaterra». Guillermo entonces no sólo pasaba a formar parte de la mansión del joven rey, sino que también se convertía en el jefe de la «mesnada», y este hecho no es recogido de forma solitaria por la *Historia*, también lo confirma la documentación de archivo: Guillermo firmó en todas las actas de Enrique el Joven antes que ningún caballero.

En 1173, cansado de esperar, Enrique el Joven se levanta en armas contra su padre y Guillermo el Mariscal se pone del lado de su señor, pues era de su «familia». ¿Traicionó el mejor caballero del mundo al rey Enrique II, el padre? No, la fidelidad doméstica estaba por encima de todas las demás.

Guillermo entonces volvía a ser protagonista de otro gran honor: dio los sacramentos de la caballería al joven rey. Lo «armó». La envidia hacia su persona creció a su alrededor pero terminaba de esta manera, la vergüenza que sentían los guerreros de la casa del futuro Enrique III; la de que su señor no fuera un caballero.

En el capítulo cuarto del *Mariscal*, Georges Duby narra como Guillermo se entregó a cumplir las obligaciones que imponía la caballería. En respetar sus reglas, aquellas que le fueron inculcadas a lo largo de su adolescencia: *fidelidad, proeza y liberalidad*.

La primera respondía a la obligación que todo caballero tenía de cumplir su palabra, de no traicionar la fe jurada. Ser fiel en primer lugar a sus más próximos y sobre todo a aquél que era la cabeza del cuerpo al cual pertenecía.

La segunda era la de combatir e intentar vencer pero conforme a las leyes de la caballería. Actuar como hombre de «pro». Nunca lucharía contra villanos. Enfrentarse al adversario sin raposear, buscando la protección sólo en su caballo, su armadura y en sus camaradas a los que se sentía unido por amistad. Defender el honor hasta la locura si hacía falta, cayendo con frecuencia en la temeridad. De la misma manera, debía lograr alcanzar el amor de las damas. Recordemos que se trataba de un amor muy diferente al amor viril.

La tercera regla era en la que se reconocía al gentilhombre, la que establecía esa distinción social. En su biografía esa liberalidad es definida como «gentileza» y la misma no es otra cosa que la *nobleza*. De su generosidad extraña lo esencial de su poder, su fuerza. Toda su fama y la calidad que le rodeaban dependían de ella.

Los fundamentos de la caballería aquí comenzaban a verse amenazados al chocar, frontalmente, la moral de la caballería con la realidad que, poco a poco, se iría imponiendo en toda Europa. Esa moral se basó, como ya indicamos con anterioridad, en el don y el contra-don, en una época donde las piezas de plata no circulaban todavía con asiduidad. El último cuarto del siglo XII asistió a una auténtica metamorfosis de la sociedad europea occidental provocada por la invasión de moneda que vino a removerlo todo. Este nuevo poder, en el que las monarquías pronto basarán su juego, corrompe y desmoraliza dicha moral. La burguesía era quien acumulaba dicho dinero, lo hacía fructificar y lo prestaba en usura, era la gran enemiga del caballero. Éste detestaba dicho oficio. Tocaba las piezas de metal, sí, pero con repugnancia. No podía escapar a su destino y se vio obligado a servirse de él en todos los asuntos serios que le rodeaban. De ahora en adelante nadie, ni siquiera un caballero, mejor dicho, sobre todo el caballero, podría perseguir la gloria y el honor sin el «vil metal». Guillermo, y los de su mundo, fueron víctimas de una increíble paradoja: la de que el dinero sería indispensable para el honor cuando el honor exigía despreciarlo.

Otro punto interesante que descubrimos en el *Mariscal* es lo que podríamos definir como la geografía de los torneos. Para participar en ellos fue necesario atravesar el canal de la Mancha. Dice Duby que, a través de la *Historia*, se

puede percibir ese territorio en el que lucharon deportivamente los equipos de caballeros, delimitado por una línea que pasaría por Fougères, Auxerre, Epernay y Abbeville. Sólo dos de los diecisésis torneos descritos en el *Mariscal* fueron disputados en pleno corazón feudal: en Pleurs cerca de Sézanne, en el condado de Caen, en el ducado de Normandía. El resto fueron organizados en los confines, en las «marcas» de estas formaciones políticas.

La Iglesia los condenó catalogándolos de verdadera trampa del diablo. Los torneos, decía, desviaban a los caballeros de Cristo de los asuntos militares importantes y fundamentales que imponía la Cruzada. Deterioraba a estos guerreros cuyo destino debía ser combatir el mal, la herejía, la impiedad. Los diezmaba, pues era mayor el riesgo de morir en estos enfrentamientos que en la guerra.

A modo de reflexión diríamos que, una vez más, la historia se mostró caprichosa, pues, como dice Duby, la geografía de los torneos dejó fuera a los territorios de lo que hoy día es el SE de Francia, la Provenza, el Llenguadoc. Precisamente allí la caballería abandonó sus premisas para cumplir con los deseos de la Iglesia católica: en 1213, en Muret, se lanzaba encarnizadamente en Cruzada contra la herejía cátara.

Guillermo el Mariscal venció en todos los torneos en los que participó, pero en contrapartida, no se enriqueció. Continuaba «joven» y «pobre».

Murió Enrique el Joven el 11 de junio de 1183 sin poder cumplir la promesa hecha a su padre; la de acudir en peregrinación a Jerusalén. Pero, en su lecho de muerte, Enrique consiguió que Guillermo la cumpliera por él. Así lo hizo, pero, de manera sorprendente, el autor de la biografía del mejor caballero del mundo no dice nada de ese período de su vida. Apenas que la llevó a cabo.

El Mariscal, dice Duby, se sentía envejecer y le urgía abandonar, de una vez por todas, su condición de «joven», es decir, de hombre no casado. Presionó al viejo Enrique II para que le diese una esposa, porque si algo estaba claro era que no consentiría que lo casara otro que no fuera el rey de Inglaterra, su señor. Aquí volvemos a encontrarnos con algo que resultó ser fundamental para la construcción y gobierno de los futuros estados monárquicos: que fue a través del control ejercido por el rey sobre las viudas y huérfanas de sus vasallos muertos como controló las riendas del poder y a los hombres de su reino.

Tras un primer compromiso con una dama de la casa de Lancaster, Guillermo alcanzó en 1189 su gran deseo, el pedazo de la tarta que tanto codiciaba: la doncella de Striguil. Ella fue la que lo lanzó, de forma definitiva, a ese «estado» tan deseado. Pero no pudo casarse rápidamente. Tuvo que esperar y sufrir las dudas de si su sueño se realizaría algún día. Temió por su destino bajo el reinado de Ricardo Corazón de León, quien al parecer podría haber ordenado su muerte y no lo hizo. Padeció la incomprendición de Juan sin Tierra cuando Guillermo decidió no participar en la expedición que éste montó, en junio de 1205, para recuperar el Poitou.

En el quinto y último capítulo podemos ver como Guillermo toma posesión de su nuevo *estatus* alcanzado gracias al matrimonio con Isabel Striguil.

De todo menos de la espada de conde de Pembroke. Y es que el rey Ricardo, que no era tonto, conservó en sus manos buena parte de esa herencia. La mejor parte. Con este gesto el soberano mantenía bajo su custodia a esta importante mujer. Si Guillermo fallecía antes que ella, podría volver a utilizarla como moneda de cambio para sus intereses.

Por medio de este gesto, el rey lo enriqueció, lo transformó, lo alzó al rango de aquellos cuyo poder sí fue activo y estable: el poder de los hombres casados. El único, el verdadero. Aquí, el hombre valía mil veces más que una mujer, pero no era nada sin una mujer legítima. Ésta es la razón por la que Guillermo veló por su mujer como si de un gran tesoro se tratara. El Mariscal ahora sí, gracias a su mujer, entraba a formar parte de otro juego, tanto o más peligroso que el de los torneos: el de la alta política.

Recordemos que esta sociedad fue concebida, a finales del siglo XII, por los hombres que Duby llama *de reflexión*, del mismo modo que concebían el Universo, el visible y el invisible. Ese orden se levantaba entonces sobre la desigualdad, el servicio y la lealtad. Estos sistemas de dependencia fueron desplegados sobre dos grandes ejes perpendiculares: uno horizontal, donde se mantenía la paz entre iguales, y otro vertical, donde el que estaba debajo debía dar reverencia al que se situaba por encima suyo y benevolencia al que ocupaba un escalón inferior.

El movimiento horizontal de los intereses de estos hombres casados dependió, una vez más, del sexo femenino. De la hijas. Éstas fueron implantadas en otras casas y, a través de estos matrimonios, se consolidaba la paz. De ellas nacieron sobrinos que llegaron a amar al hermano de la madre más que a su propio padre. Ahora bien, estos pactos matrimoniales no fueron origen de la amistad, sino que los mismos derivaron de ésta.

La verticalidad consistió en dominar por completo a la mujer una vez casada. En el control absoluto de la esposa. En casa extraña, totalmente desamparada, el marido contaba con el servicio de los hombres que alimentaba, jóvenes y menos jóvenes, los que formaban su mesnada, así como con el de aquellos caballeros enfeudados. El vasallaje fue la regla moral que más obligó a estos caballeros según se nos narra en el *Mariscal*, incluido el rey, lo que ponía de manifiesto que el vasallaje y las obligaciones que de él se derivaban estuvieron por encima de la moral pública. Sólo un valor se levantó por encima de ella, la amistad nacida del parentesco.

Sin otra cualidad que la de ser considerado el mejor caballero del mundo, Guillermo el Mariscal alcanzó la cima más alta. Su lealtad a la caballería, a la ética de las gentes de guerra, recordemos, *proeza, lealtad y larguezza*, se mantuvo hasta su último suspiro. Con él desaparecieron las hazañas del siglo XII pues, como muy bien sostiene Georges Duby al final de tan prodigioso trabajo, Guillermo fue el buen tiempo, el tiempo superado. Desde hacía dos decenios, la caballería ya no era sino una forma residual, una reliquia.

¿Cómo leer *el Mariscal*?

José Enrique Ruiz Doménech divide su erudito análisis de la obra de Georges Duby en tres grandes apartados: *CONTEXTO*, donde habla del reto al positivismo, de las fuentes de las que se sirvió el profesor francés, y del retorno al relato.

En el segundo, *OBJETIVOS*, nos da la imagen de la caballería, de la cultura aristocrática y del poder monárquico.

Y, en el tercero y último, *LÍMITES*, sitúa a Guillermo el Mariscal en el seno de la historiografía, marcando las pautas de su biografía.

Frente a la ficción del *Ivanhoe* de Walter Scott, la figura de un personaje hitótico, real, **Guillermo el Mariscal**, que vino a «suscitar un gran interés, pero también críticas procedentes en su mayoría de los sectores más conservadores de la historiografía»⁸. Ante éstas, quien mejor defendió la línea marcada en *el Mariscal* fue el propio Georges Duby al presentar a la misma como «un diseño que se inserta puntualmente en la larga investigación que voy desarrollando para una mejor comprensión de la sociedad que denominamos feudal. [...] me ha parecido oportuno afrontar la vida en lo que tiene de concreto, acercarme a ella, observando [...] cómo es la relación entre las acciones de un individuo de carne y hueso y las estructuras que le rodean»⁹. Es más, en *el Mariscal*, Duby no se desvió ni un milímetro de su trayectoria, el único cambio que él mismo reconoció afectó a la forma¹⁰. Debido a ese cambio, *el Mariscal* no fue entendido.

La inquietud que el viejo profesor sentía hacia este personaje, nos la aclara Ruiz Doménech. Nacía de las preguntas planteadas por Duby en torno a la importancia de la literatura narrativa como fuente para estudiar a la aristocracia feudal. Para él, el caso de Guillermo, desde un primer momento, se alzaba como un caso excepcional¹¹.

De manera sorprendente, Duby parece abandonar la estela del *Mariscal* durante unos años. No aparece en los trabajos donde trató el tema del imaginario del feudalismo ni tampoco donde desglosó la moral matrimonial de la Iglesia. No será hasta 1984 cuando, de forma casi inesperada, Duby retome su idea nacida en 1964, y decida publicar este bello texto, el de la *Histoire de Guillaume le Maréchal*. La descripción del mismo ya ha sido expuesta con anterioridad.

A continuación, Ruiz Doménech explica el porqué de la decisión de Duby de optar por volver al relato, «raconter una historia», a la hora de recuperar la obra de Juan el Anónimo (el Trovero). Sobre todo cuando éste se había confesado continuador de Marc Bloch y Lucien Febvre. Su decisión en realidad quedaba enmarcada dentro de ese gran movimiento de renovación de la historia

8. Ruiz-DOMÉNEC, José Enrique, *Álbum: Guillermo el Mariscal o el mejor caballero del mundo*. Biblioteca Conmemorativa Alianza Editorial. Ed. Alianza. Madrid, 1996-1997, página 4.

9. Ibid, página 5.

10. Ibid, páginas 5 y 6.

11. Ibid, página 7.

de los años ochenta de nuestro siglo. De forma muy acertada, R. Doménech saca a la luz las obras de Nathalie Zemon Davis sobre la figura de Martin Guerre y el trabajo de Emmanuel Le Roy Ladurie en torno al catarismo en una aldea occitana.

El objetivo principal de Duby no fue otro que el de presentar la imagen de la caballería de los siglos XII y XIII donde la misma, su cultura, se edificó oponiéndose al omnipresente poder eclesiástico. Recordemos que la vida caballeresca se basó en el ritual de la vida ociosa¹².

Pero tras ese objetivo principal, Duby escondía el verdadero fin de su obra: las relaciones establecidas entre la cultura aristocrática y el poder monárquico del siglo XII. Sus reflexiones hicieron cambiar en gran medida la noción que se tenía del papel del poder en la historia europea de la Edad Media. El Estado, dice R. Doménech, se construyó a través de esas relaciones, y por medio de hombres como el Mariscal. La política monárquica consiguió canalizar la violencia caballeresca al servicio del Estado¹³.

En el último apartado del trabajo, el profesor Ruiz Doménech reconstruye tanto el papel que Guillermo tiene en el seno de la historiografía medieval y los trabajos que a partir de la edición del profesor Meyer se han venido realizando sobre este personaje histórico, como la propia biografía del protagonista que Georges Duby sacó del olvido: *La casa de los Marshal. Enfances en casa de Guillermo de Tancarville. Chevalerie: errancia, aventura, torneos. Cruzada en Tierra Santa. A la sombra del rey Enrique II. Matrimonio. La Cruzada del rey Ricardo. Conde de Pembroke. Humillación. Lord de Leinster. La guerra civil. Reente de Inglaterra. La muerte del Mariscal. Su descendencia*¹⁴.

Para terminar quisiera retomar una vez más las palabras del profesor Ruiz Doménech, aunque no surgidas de esta obra, sino de *La novela y el espíritu de la caballería* y que vienen a resaltar aún más el trabajo de Georges Duby sobre Guillermo el Mariscal y por qué ésta debe ser leída. Dicen así: «[...] Los ideales, ritos y formas de vida creados por el espíritu de la caballería ha hecho de los europeos unos individuos diferentes al resto de los habitantes de la tierra: unos buscadores constantes, tenaces, de la libertad como único ámbito de acción. Esta identidad por medio de la diferencia con los demás toma la levedad en serio, la proyecta hacia la construcción de la sociedad[...].»¹⁵.

12. Ibíd., páginas 13 y 14.
 13. Ibíd., página 17.
 14. Ibíd., páginas 27 a 42.

15. RUIZ DOMÉNEC, José Enrique, *La novela y el espíritu de la caballería*. Biblioteca Mondadori. Ed. Mondadori. Barcelona, 1993, página 17.